



Solemnidad del Corpus Christi 2021

Éxodo 24, 3-8

Hebreos 9, 11-15

Marcos 14, 12-16.22-26

En la solemnidad del **Santísimo Corpus Christi** hacemos realidad actual la donación que Jesús nos hizo de su propia vida, de su Cuerpo y de su Sangre, en los signos sacramentales del Pan y del Vino, como sacrificio de la Nueva Alianza, en la última Cena Pascual con los apóstoles.

Los gestos y las palabras de Jesús en la última Cena expresan el significado de toda su existencia para la salvación de los hombres, llegando hasta la ofrenda de su propia vida como sacrificio redentor, amándonos *“hasta el extremo”* (Jn 13, 1), en obediencia al Padre *“hasta la muerte de cruz, y una muerte de cruz”* (Flp 2, 8).

El Evangelio de Marcos, hoy proclamado, como los Mateo y Lucas, describen los preparativos de la cena pascual y después nos transmiten el núcleo esencial del mandato de Jesús, que deberá ser realizado y hecho vida en cada comunidad cristiana hasta la venida definitiva del Reino de Cristo.

La cena pascual era celebrada de generación en generación como memorial de la liberación de la esclavitud de Egipto, realizada por Dios en favor de su pueblo, y como profecía del definitivo éxodo mesiánico (cf. Ex 12, 1-13, 16; Is 43, 16-21). Pero en aquella Cena, última y Nueva, Jesús pronuncia palabras y realiza gestos tan significativos y trascendentales en la historia de la salvación, que fueron memorizados por los discípulos y, convertidos en tradición viva por la luz del Espíritu Santo, han llegado hasta nosotros.

Jesús toma primero el pan, alimento básico para la vida, y pronuncia sobre él la bendición, porque el pan es fruto de la tierra y de la bendición de Dios sobre el trabajo humano. Luego lo parte de un modo tan significativo, que será el signo para que los discípulos reconozcan a Jesús en la cena de Emaús (cf. Lc 24, 35). Por último lo reparte entre los comensales diciendo: *“Tomad, esto es mi cuerpo”*. O sea: Esto es mi vida; mirad, me doy a vosotros para convertirme en vuestra vida. El evangelista Juan lo explicará diciendo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él”* (Jn 6, 56).

A continuación toma la copa del vino, que *“alegra el corazón del hombre”* (cf. Sal 104, 15) y va a ser en adelante anticipo y signo del *“vino nuevo en el Reino de Dios”*; es decir, fuente de la nueva y plena alegría de la vida que Jesús nos da. Y, tras



dar gracias a Dios, lo ofrece a sus discípulos mientras pronuncia unas palabras que revelan el sentido de su muerte: *“Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos”*.

La sangre de Jesús, que va a derramar en la cruz, sellará la nueva y definitiva alianza entre Dios y la humanidad. Las palabras de Jesús sobre el cáliz expresan su conciencia de cumplir plenamente la misión del Siervo del Señor (cf Is 42, 6), víctima que carga con los pecados de la multitud y los justifica (cf. Is 53, 11-12). Más incluso. Moisés selló la alianza entre Dios y el pueblo de Israel en el monte Sinaí sirviéndose de la sangre de las víctimas sacrificadas; aquella sangre, derramada sobre el altar y asperjada sobre el pueblo, era signo de la presencia de Dios. Por eso Moisés dijo: *“Esta es la sangre de la alianza que el Señor ha concluido con vosotros”* (Ex 24, 8). La sangre, símbolo de la vida, expresaba una misma vida, una comunión profunda establecida por Dios con su pueblo. Jesús se inspira en las palabras de Moisés, pero con una diferencia determinante: la nueva alianza ya no se establece mediante la sangre de animales, sino por la efusión de su propia sangre. A partir de ahora el cáliz de la sangre será signo de una comunión eterna de vida entre Jesús y sus discípulos.

La eucaristía sintetiza toda la existencia de Jesús, una vida ofrecida y donada por los hermanos. La eucaristía es, pues, un gran misterio que hace memoria de toda la vida de Jesús, el Cristo, y realiza nuestra salvación.

Más aún, Jesús nos enseña en la Eucaristía a vivir y morir con él, ofreciendo nuestra existencia como él. E incluso convierte esta enseñanza en el mandato que refieren el Evangelio de Lucas (22,19) y la primera carta a los Corintios (11,25): *“Haced esto en memoria mía”*. Por eso, deduce Pablo, *“cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.”* (1 Cor 11,26).

El Señor nos pide corresponder a su don y expresa la voluntad de que su Iglesia, nacida de su sacrificio, acoja este don de su Cuerpo y de su Sangre y lo haga presente en el sacramento, para la remisión de nuestros pecados. Si lo recibimos dignamente, somos eso mismo que recibimos y estamos llamados a presentar nuestros *“cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios”* (Rom 12,1) Este ha de ser nuestro culto espiritual.

La conversión del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo introduce en la historia humana el principio de un cambio radical de la persona, cuyo término último será la transfiguración de la creación, a fin de que Dios sea todo para todos (cf 1 Co 15, 28). Así la Eucaristía configura día a día nuestra vida como existencia eucarística en Cristo, y es prenda de la gloria futura y de la vida eterna.

El inagotable misterio de la Eucaristía es explicitado hoy por la Palabra de Dios en relación con el sacrificio pascual de Jesús, que nos llama a ofrecer nuestra vida con él como comunidad sacerdotal de presbíteros y fieles laicos que, en la forma propia de cada estado sacramental, entregan su cuerpo y derraman su sangre como Jesucristo,



Carlos López Hernández

con un corazón agradecido, misericordioso, compasivo, vigilante en la oración y en la esperanza de la gloria, animoso en el testimonio del Evangelio, con el anuncio explícito de Jesús y con el amor y el servicio a los hermanos.

De esta forma, la Eucaristía nos hace testigos de la compasión de Jesús por cada persona, sellada por su Espíritu en el bautismo, o que lleva impresa en su naturaleza la imagen del Creador, aun sin reconocerlo. De la fuente del misterio eucarístico nace así el servicio de la caridad para con el prójimo, que consiste en aprender a mirar y amar a cada persona con los ojos y el corazón de Jesús.

Por ello, la fiesta del Corpus Christi es el Día de la Caridad, y de su representación institucional en Caritas, en los diversos ámbitos de su organización eclesial. Nuestra colaboración con Caritas, especialmente necesaria en las actuales circunstancias, es una forma de ejercer nuestra vocación de ser, en comunión con Jesús, pan partido para la vida del mundo.

Las Caritas parroquiales y su unión en la Caritas Diocesana somos una gran familia de corazones abiertos y manos tendidas a todos los prójimos, para hacer lo mismo que el Buen Samaritano. Y como comunidad actuamos en red para realizar nuestros servicios. Los prioritarios son: acoger, acompañar, dar asistencia de primera urgencia en alimentación, a quienes están faltos de salud física o psíquica, o se encuentran en la calle; ofrecer formación para el empleo y colaboración para abrirse camino en la vida; acoger, enseñar el idioma y promover la integración social de los inmigrantes; acompañar a personas mayores en sus domicilios; hacer realidad el sueño de la fraternidad para todas las personas a quienes el desempleo, la enfermedad y cualquiera forma de pobreza ha puesto en situación real o en grave riesgo de exclusión social. Estos caminos, y otros no mencionados de forma expresa, en los que encontramos prójimos heridos, son lugares de presencia de Caritas. Algunos tienen nombres propios, especialmente conocidos: El centro de acogida **Padre Damián** para personas sin hogar; el centro de día **Espacio Abierto; el “albergue Lazarillo de Tormes”**, en colaboración con la Administración local, para personas en situación de calle; **la casa de acogida Samuel**, para la atención integral de personas con VIH-Sida; el proyecto diocesano **Ranquines**.

A través de esta red de Centros y Programas Caritas acompañó en el año 2020 a 14.887 personas, con una inversión de 5. 253. 238 euros. Los ingresos proceden en su mayoría de colectas y donativos, subvenciones públicas, subvenciones de fundaciones e instituciones privas, y del **Fondo Social** creado por la Diócesis. Es de destacar y agradecer la labor de 605 voluntarios, de los cuales 103 forman parte del Grupo Juvenil Molokai.

Cuando celebramos la Eucaristía el día del Corpus y adoramos el sacramento del Cuerpo de Cristo, nuestra Pascua y Pan de vida, debiéramos sentir la misma emoción, admiración y devoción que embargó el corazón de los apóstoles ante los gestos y



Carlos López Hernández

palabras del Señor durante la Cena de Pascua y en sus encuentros con el Señor Resucitado.

Con Tomás adoramos: “*Señor mío y Dios Mío*”. **Y con Pablo confesamos:** “*Estoy crucificado con Cristo*”... “*que me amó y se entregó por mí.*”; ya “*no soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí.*” (Gal 2, 19-20).

Salamanca, 6 de junio de 2021